

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 «  
 Extranjero . . . 1'50 «

## El parto de los montes

De tal puede calificarse el documento que en forma de copia del auto de procesamiento del supuesto Comité director del complot que la policía descubrió en esta capital en septiembre último, ha sido entregado a uno de los compañeros presos por los sucesos del referido mes, al cabo de tres meses de haberlo reclamado varias veces.

¡Qué lástima tan grande es la tardanza de dicho documento en llegar a manos de los detenidos, ya que con él hubiesen tenido medios de defensa de que se han visto privados durante el tiempo que llevan sufriendo prisión ignorando los motivos!

No queremos repetir la historia de tal descubrimiento por demasiado sabida; pero antes de ocuparnos del documento judicial, vamos a refrescar la memoria con tres casos casi recientes.

En el año 1904 la policía de Barcelona descubrió en la montaña del Coll un cajón que estaba enterrado y contenía artefactos y materias explosivas. Con motivo de este acontecimiento se procesó a seis compañeros entre los que había un tal Tosas, que también fué encarcelado a pesar de que se le consideraba como policía. En el acto del juicio, el fiscal, que pedía seis años de presidio, para cada uno, retiró la acusación del tal Tosas, lo que produjo tal estupefacción en el público, que nuestro compañero Herreiros no pudo contenerse, y al preguntar el presidente del tribunal si alguien sostenía la acusación que el Fiscal retiraba, gritó en medio de la Sala: *Yo le acuso como único culpable.*

Minucias de la ley impidieron que nuestro compañero sostuviera la acusación y el tal Tosas se trasladó al gobierno civil y de allí fué enviado a la Sección de Investigación de la policía de Madrid, dedicándose a frecuentar las sociedades obreras, haciéndose pasar por obrero mecánico.

En uno de sus viajes forzosos a Madrid, el mismo compañero Herreiros se lo encontró en el Centro Obrero de la Costanilla de los Angeles, de donde lo echaron a patadas.

Siendo el duque de Bivona gobernador civil de Madrid, apareció en escena un individuo, sobriño del célebre mendigo Margarida de quien se decía (del mendigo) que era el autor de la explosión de la bomba de la calle de Fernando.

Aseguraba el sobrino, que su tío le había referido bastantes detalles respecto a los autores del terrorismo y que estaba dispuesto a ir al mitin público, a decir cuanto sabía.

Se organizó el mitin, en el que tomaron parte Emiliano Iglesias y Lerroux, en el local más amplio de Barcelona, y cuando el público que llenaba el local esperaba las acusaciones sensacionales, el presidente del mitin anunció que el sobrino de Margarida no podía comparecer porque hacía unos días que había ingresado en el Cuerpo de Seguridad de Barcelona.

Y vamos al caso actual.

En el mes de septiembre, con ocasión del hermoso movimiento de solidaridad a favor de los obreros vizcaínos, la Confederación Nacional del Trabajo convocó una reunión de delegados para tratar de la manera de ayudar a los compañeros en lucha. Era Conserje de dicha entidad Miguel Sánchez; la noche anterior al día en que había de celebrarse la reunión fueron detenidos en sus casas el secretario de la Confederación, varios delegados y algunos compañeros, los que al leer la prensa del día siguiente vieron, con la natural sorpresa que eran los componentes de un Comité que había de dirigir un movimiento revolucionario para ejecutar... *uff!... la mar de atrocidades.*

En resumen, que el Conserje de la Confederación, Miguel Sánchez, estaba al servicio de la policía, y, si no estamos equivocados, en la actualidad presta el servicio de su clase en Cartagena.

Y sólo citamos estos tres casos porque pueden comprobarse.

Ahora vamos al documento que hemos tenido ocasión de leer.

Según él, lo que pudiéramos llamar la génesis del movimiento que se iba a llevar a cabo en Barcelona, es un artículo publicado por un periódico radical, cuyos conceptos copia el auto, y parece que todo lo que después había de ocurrir era consecuencia del mismo. Pues bien, entre los

más de cien presos que ingresaron en la cárcel no había ninguno de dicho periódico. Y no es que lo lamentemos, no; citamos el hecho para ilustración del público.

Cita el auto a Solidaridad Obrera y al Arte de Imprimir. Respecto a la primera podemos afirmar que no celebró ningún acto; pues el que tenía anunciado no llegó a celebrarse por el descubrimiento del Comité. A no ser que el confidente ó agente provocador Sánchez, con algunos individuos de su cabaña, fuera el instigador ó organizador de los grupos que dicen que recorrían las calles.

¡Por qué no pregunta el juez a los delegados de policía quién les facilitó ó les vendió los datos que tan a la maravilla sirvieron para aparecer como salvadores del orden social? Fué Sánchez, el confidente; véalo el juez y si tiene algo de psicólogo verá que desde la fecha hasta los hechos es un imbécil.

Han sido puestos en libertad todos los que, según el documento jurídico, cometieron actos violentos, y sólo quedan en la cárcel los elegidos por la policía, a ninguno de los cuales se les hace cargo de ningún hecho concreto. Sólo se dice que formaban parte del Comité.

Pero lo más sorprendente de esto es que han incluido en el Comité a individuos que vivían fuera de Barcelona y que entre ellos los hay que ni siquiera se conocían.

A pesar de esto la causa está calificada de rebelión y 14 obreros se hallan presos, sin esperanza de recobrar la libertad.

No sabemos si la prisión de los compañeros de Bilbao, Zaragoza, Valencia y otros puntos tendrá más fundamento que la de los de Barcelona, pero hemos de suponer que no, a pesar de lo cual llevan cerca de cuatro meses de cárcel.

Lo que más nos ha sorprendido en el documento del juez es lo que se refiere a las sociedades disueltas. Es todo un poema, y demuestra que las autoridades todavía no sabían lo que es una sociedad obrera.

Véase un párrafo: «Y aunque de los estatutos de las asociaciones «Solidaridad Obrera» y «Arte de Imprimir» acaso no aparezca que su objeto sea tomar acuerdos y ejecutar actos como los expresados, es lo cierto que en dichas sociedades se ha ejecutado lo uno y lo otro, por lo que a los ojos de la Ley debe entenderse que uno de sus fines es el COLECTIVISMO Y LA LUCHA DEL TRABAJO CONTRA EL CAPITAL.»

¡De verdad que las autoridades ignoraban que los fines de las sociedades obreras son la lucha del trabajo contra el capital? ¿Quién lo pensará!

Si esto lo dijera un alcalde, un gobernador ó un ministro no nos sorprendería. Sabemos que para esos cargos no es preciso ningún talento. Romero Robledo premió con un cargo de esos a un barbero, en agradecimiento a que tenía la mano suave, pero a las personas de carrera les concedíamos más conocimiento.

El colectivismo. Eso ya está mandado retirar. Es el comunismo lo que ansia la inmensa mayoría de los trabajadores y aun hay quien combate el comunismo por entender que es arbitrario.

El colectivismo, aspiración de una pequeña parte del socialismo de Estado, lo rechazan hasta las monjas y frailes que, a su manera, practican el comunismo en lo que se refiere a la propiedad; por eso se llaman comunidades.

Dice el párrafo copiado: *por lo que a los ojos de la Ley*, etc. Al leer esto nos ha venido a la memoria la magnífica obra de arte que existe en el cementerio de la Habana, como recuerdo de la dominación española, en el panteón donde yacen los restos de los estudiantes fusilados el 27 de noviembre de 1871.

Aparece una bellísima joven, símbolo de la justicia, con los ojos vendados, la balanza enrollada, la espada rota, el libro de la ley cerrado y bajo sus pies la inocencia. ¡El autor de la obra debía conocer el paño!

Cuando leíamos el auto del juez especial, no se nos apartaba un momento de la imaginación el panteón de los estudiantes de la Habana y hasta encontramos al gún parecido entre nuestro proceso y el de aquellos jóvenes.

En aquél trágico proceso, que produjo la muerte de seis jóvenes, hubo una nota consoladora. Se les acusaba por la delación

de un cura y el capitán general de la Isla, señor Dulce, consintió en dejar el destino, antes que satisfacer los deseos de los reaccionarios que pedían víctimas.

El juez especial también habrá visto que en este proceso, en lo que afecta a los compañeros que quedan en la cárcel, sólo existe una delación, pero continúa el proceso y mantiene el orden de prisión. No pretendemos que imite al general Dulce, pues no ignoramos que desde aquellos tiempos hasta hoy han transcurrido 40 años.

La lectura del tantas veces citado auto nos ha producido indignación, porque hemos sacado la convicción absoluta de que

## Año Nuevo

Todo lo que en cada español y en cada española como resultado de las condiciones de la tierra privilegiada y como consecuencia de la evolución progresiva, pudiera haber de inteligente, activo y gallardo, se halla atrofiado, comprimido y deformado por la balumba de errores, preocupaciones, costumbres y vicios que forman como el ente moral de esta nacionalidad, y por el cuerpo de instituciones políticas, jurídicas y económicas del Estado español.

¡Aterra considerar la cantidad de tiranía que esos orígenes de mal imponen a la libertad del individuo!

Apenas da el primer vagido la tierna criaturilla, la Iglesia y el Estado le inscriben en sus registros, con el pretexto de proveer a su salvación eterna y temporal, pero con el verdadero objeto de que quede convertido en manso fiel para la una, en súbdito leal para el otro, en contribuyente para ambos durante su vida. Su familia le impone su higiene primero y su educación después; que para cada una es la suma de absurdos y convencionalismos que sobre ese asunto dominan en las clases sociales, en las comarcas y en los pueblos: la sociedad le somete a un molde estrechísimo para los que por carácter ó por temperamento tienen energía propia, bastante ancho para aquellos otros que poseen la facultad de adaptación y la necesaria elasticidad de conciencia.

Lasando por tales modificadores, es decir, moldeado por los dogmas, las leyes y las costumbres, completa el individuo su relativo desarrollo, y, al llegar a aquella época de la vida en que debiera brillar con las galas de la alegría y de la belleza por el vigor de su organismo y la lozanía de su juventud se encuentra enclenque, marchito, embrutecido y dispuesto a someterse dócilmente a todas las explotaciones si es hombre ó mujer de las clases bajas, ó a ejercer de tirano y dilapidador si es macho ó hembra de las clases directoras. En ambos casos queda feo, deformado é inútil para el bien, y lo que es peor, incorregible.

Ahora, si en vista de los males que a cada uno afligen y queriendo sustraerse a su nociva influencia, se dice una vez más: «Año nuevo, vida nueva», ¿qué valor puede tener esa aspiración constantemente manifestada en diciembre y no menos constantemente fracasada en enero? Bueno es, sintiendo los deplorables efectos que sobre todos gravitan, querer sustraerse a ellos y aprovechar una fecha de fácil recordación y que de tan sugestiva manera se presenta para hacer del año nuevo punto de partida de nuestra regeneración; pero ¿es posible renunciar de repente a los viejos errores y adquirir por ciencia infusa, y como si fuera uno de los supuestos dones del espíritu santo, la ciencia de la vida?

La verdad es que cada uno tenemos un modo intelectual y material de vivir que, a manera de cuerpo pesado que rueda por una pendiente, no puede detenerse en su curso; a menos de un milagro semejante al que dicen que ocurrió a Pablo en el camino de Damasco: el político que en un momento dado quisiera ser sincero habría de proclamar la falacia de su programa, la hipocresía de su conducta y la vileza de sus encubiertos propósitos, y sería abandonado de todos sus partidarios; el explotador que, avergonzado de una riqueza adquirida a costa de los sufrimientos constantes y de la prematura muerte de sus explotados renunciara a ella, perdería en seguida toda consideración y crédito, y se vería despreciado en el círculo de sus relaciones; el tirano que se arrepintiera de intimidar por el terror y de engañar por la astucia, sería aplastado por las venganzas anteriormente suscitadas; el proletario que quisiera emanciparse de la miseria del jornal y de la humillación de inclinarse la cerviz ante el burgués que le alquila, pronto sería despedido y anotado en las listas de sospechosos que en días de persecución conducen al castillo del Tormento, al destierro, al presidio y aun al foso de la fortaleza maldita; la mujer que quisiera seguir libremente los impulsos de su corazón, y despreciando ídolos y ceremonias, cumplierse digna y racionalmente las leyes naturales, pronto sería la beta de cuantos hipócritas afectan respeto a la moral oficial y rinden secreto culto a los más nefandos vicios.

En el año que comienza, lo mismo que en los anteriores, filtrándose por el Código y los tribunales de justicia y sin incurrir en la nota

de ilegalidad, tendremos la usura, la explotación, el fraude, la holganza en los palacios, la miseria en los tugurios de los trabajadores, los honores concedidos al rico, la humillación impuesta a la virtud, todo sancionado por un escepticismo que hace decir a los de arriba «¡vamos tirando!» y a los de abajo «¡si yo fuera rico!»—maldita doctrina que hace a vicimas y verdugos solidarios en la responsabilidad aunque no en los beneficios.

Sólo aquellos que tienen verdadera fe en el progreso; los que no se engañan dándose el título de desengañados; los que saben que los fracasos revolucionarios experimentados hasta el presente se explican por haber dejado subsistentes las añejas causas del mal social; los que saben que cuando la propiedad deje de ser el privilegio para unos y el despojo para otros sobrevendrá la paz y la felicidad para todos, sólo esos realizarán la única transformación posible en el año nuevo; sólo ellos harán aquella labor imprescindible, que unida a la de sus semejantes de los tiempos pasados, influirá de modo positivo y directo en lo porvenir. Para los demás, el año nuevo no será sino una unidad más en la carga de su vejez y un nuevo plazo para sus torpezas.

ANSELMO LORENZO

## Suma... y sigue

Participamos a todos los compañeros, sin excepción, que no cumpliremos ningún encargo que se nos haga para Juan Bautista Esteve (a) Leopoldo Bonafulla.

Nosotros, desde que hace años hicimos público, documentalmente, que se dedicaba a preparar recibimientos a don José Canalejas, dejamos de contarlo en el número de anarquistas, lo que nos ocasionó algunos disgustos con compañeros que, cándidos ó maliciosos, lo atribuyeron a pasiones personales, a pesar de la prueba documental, y para evitar que siguieran creyendo que se trataba de rivalidades periodísticas, le pasábamos nota de los pedidos de libros y folletos que por nuestro conducto le hacían.

Ahora ni aun eso le haremos. En el número anterior publicábamos una convocatoria en la que los compañeros de Marsella anunciaban un mitin en favor de los presos por cuestiones sociales en las cárceles de España, y en el que había de tomar parte Bonafulla; pero suponemos que le habrán obligado a abstenerse de coadyuvar a tan humanitaria campaña.

¿Pruebas de su conducta? Nosotros no las necesitamos. A los que todavía las necesitan que las busquen ellos ó que sigan disfrutando de su confianza.

Sólo diremos que disfruta de un sueldo oficial sin necesidad de prestar servicio y que está apoyado por personas que ejercen elevada autoridad.

Ahora, que cada cual obre según le plazca.

## A los trabajadores

En los números anteriores de TIERRA Y LIBERTAD se han publicado dos artículos, uno de Mariano López, de Bilbao, y otro de José Negre, secretario de la disuelta Confederación Nacional del Trabajo, y en ellos se trata de contestar a la obra del gobierno de Canalejas, disolviendo los sindicatos obreros, con una unión obrera que abarque todas las sociedades de resistencia de España.

Realmente, puede ocurrir una vez más que la obra demoleadora de los gobiernos haga que se lleve a cabo lo que a los obreros, de por sí, les era casi imposible hacer: que desaparezcan rivalidades, y dejándose de emplastos y cataplasmas, se unan para una acción puramente económica.

Por si esto llegara a efectuarse, creemos de necesidad intervenir en el asunto para que los obreros se capaciten individualmente y no sea una de tantas uniones numéricas, sino una unión de individuos conscientes de cuál es su verdadera misión en la sociedad.

A este objeto reproduciremos el manifiesto que hace algunos años dirigió a los trabajadores el grupo editor del periódico anarquista *La Huelga General*.

Dice así: «Trabajador, no eres unidad para tomar cantidad; no eres hombre, no eres ciudadano; eres una fracción despreciable; contigo sólo

se cuenta para la guerra, para el trabajo, para el impuesto; eres como una cápsula que contiene algo utilizable para el señor, para el rico, quien después de extraída la substancia que abundantemente le suministra te arroja con desprecio.

Cuando se dice el pueblo, denominación colectiva en la cual te hallas comprendido, sólo se trata de multitud, de fuerza colectiva, que únicamente vale por su masa, no por las unidades que la constituyen; como si dijéramos el mar, cada una de cuyas gotas, separadas, se pierden enseguida por la evaporación; así eres tú, infima gota del mar del pueblo.

Chamfort, filósofo de la revolución francesa, dijo: «M de Henry, fiscal de S. M., decía hablando con algunos letrados: — «Hasta hace poco no había oído hablar del pueblo en las conversaciones en que se trata del gobierno. Ese es un fruto de la nueva filosofía.» Se ignora acaso que el tercer estado está una manra adelantada en la Constitución? (Dicho en otros términos: veintitres millones novecientos mil hombres no son más que una casualidad y un accesorio en la totalidad de veinticuatro millones de hombres.)»

Tu vida, pues, no tiene objeto en sí misma sino como complemento ó accesorio de la vida de tus tiranos y de tus explotadores, que necesitan que les suministres alimento, casa, vestido, transporte, defensa, recreo, etc., etc., a trueque de un miserable jornal pagado con un no menos miserable y escaso signo de cambio, con el que, después de extenuado, apenas alcanza a lo más estrictamente necesario para tu subsistencia y la de los tuyos, quedando tan corto en la satisfacción de tus necesidades, que tu vida, siempre en peligro, acaba violentamente, aunque no lo parezca, sólo por el hecho de que mueres cuando racional y fisiológicamente debieras aún vivir muchos años, y cuando si se fuera a ver qué vestigios quedan de tu personalidad, nada se encuentra, porque durante toda tu vida fuiste una pieza minúscula: en el trabajo, un peón, un simple jornalero, que nada hiciste por tí sólo, que nada creaste, que arrimaste el hombro excitado por el hambre ó atomizado por el látigo; en el ejército, un soldado, es decir, un hombre despojado violentamente de su libertad relativa y alistado a sueldo para matar ó morir a gusto de quien lo ordene, quedándose con esa denominación tanta parte de responsabilidad como de satisfacción íntima y personal pudieras acaso sentir en la defensa de tu bandera; porque eres hombre pagado para obedecer, pieza de un instrumento de guerra, un número de tu compañía, como el gatillo es una pieza de un fusil; en el hospital no pasaste de ser el número tantos de la sala de San Fulano, que solías recibir la asistencia facultativa otorgada por el médico de guardia con el desdén con que se cumple una obligación pesada, que recibías alimento y medicinas suministrados por subasta; eso, caso de que no fueras considerado como objeto de un tratamiento especial y peligroso, a guisa de conejillo de Indias, hasta que por último en la mesa de un anfiteatro serías de experimento científico en que la ciencia adquiría la seguridad necesaria para curar a los ricos, a los que en forma de moneda tienen encerrada en sus arcas tu libertad, tu salud, tu dignidad, tu personalidad de la cual te despojan para pagar a la ciencia, que también se prostituye por dinero, porque el dinero mancha cuanto toca, ya que tiene por excusa servir de mediador entre relaciones que no pueden reducirse a cantidad matemática, y por tanto dan patente de justicia a lo que sólo puede arreglarse con la generosidad altruista.

Nos asalta el temor de que al llegar aquí el lector, ó quizá antes, si es un trabajador de los que ya se han sentido solicitados para ingresar en una entidad determinada de las que prometen emancipaciones más ó menos amplias, se sonría con desconfianza y sospeche que tratamos de atraerle a servir una vez más utilitarismos que le sean extraños. Si es así, lector, puede decirse con sinceridad que tu duda es fundada, pero nunca justificará tu apatía. A eso, sólo podemos en justicia decirte: Sal de la inacción; no vayas donde te soliciten de manera más ó menos sugestiva, sino donde debas ir; despáñate para escoger tu camino, pero reconoce que si en la elección puedes equivocarte, en lo que no hay equivocación posible, en lo que sin duda quedarás como un mal hombre, como un vil que a sabiendas acepta su vileza, es permaneciendo trabajador paciente bajo el señorio de tus dominadores; y en ese sitio no tendrás paz nunca, por más que quieras creer lo que aquellos te digan para adementarte ó tranquilizarte; porque estamos aquí nosotros los proletarios militantes que alumbremos con la verdad la negrura de tu conciencia, y en nombre de tus compañeros, de tu familia, de la humanidad y en el de aquella justicia abstracta a quien toda inteligencia debe acatamiento, te excitaremos constantemente, y en el ruido del trabajo, en la angustia del tugurio, en la obscuridad del templo donde arrodillado ante ídolos y curas pides inutilmente la calma de tus supersticiones, hasta en el vocerío de la taberna donde te embruteces creyendo divertirte, oírás una voz que te juzgará calificándote de rufín, traidor, cobarde; porque has de saber que es patria, esclavo y siervo de hecho y de derecho todo el que no levanta su consideración y su voluntad a